

ESCRITOS

I

La tormenta ha llegado, una vez más no la he sabido predecir. Con furia cae la lluvia sobre mis labios mudos. Con extrema vergüenza levanto la cabeza entre los árboles para mirar al cielo. Hecho desamparada desnudez me devuelvo a mí misma. No sé leer el Universo. Mi llanto sobre la tarde es una pequeña hoja que tiembla dentro de la lluvia

Mudo testigo he sido de la Tierra que pisaba, mi edad es la de los bárbaros. ¿De qué me sirve conocer las palabras, toda su maraña y extravío, si nada sé de cuanto escribe el viento sobre el oráculo de fuego y el quehacer del granizo?. Nada de la fiel trashumancia de las nubes y sus rutas, nada del cálido principio, de esa hondura silvestre del enigma, sin la que no es posible el Mundo?.

II

Huyo de las ciudades como del lugar de las mutilaciones. Todo en derredor pesa y me estorba, busco lejos de estos derrotados paisajes los ayunos, la intemperie, el lenguaje de fuentes. Sólo entonces mi sangre se elevará a campana, tañendo sobre el agravio y la farsa, su condición de aire.

Borro para siempre mi nombre de estos muros sombríos, donde el dolor crece en largas avenidas, e inútil se consume en soledad el fuego. Porque todo lo ha invadido un cortejo de niebla, y no entiendo la lengua en que me hablan. Es éste un reino desolado para la desorientación, en él se pierden estrellas y ganados.

Famélicos caballos perdido el juicio se golpean hasta romper su frente, contra el suelo de vacíos templos profanados. Su llanto resuena en todo el universo como un estruendo de huesos y de piedras, golpeando el corazón de los verdugos.

Es éste un lugar sin norte y sin cosechas, donde el agua desamada, se desparrama por todos los agostos. Porque todo se desconoce a excepción del ultraje y el crimen, y nada importa, sino el agrio sabor de lo innombrable y lo blasfemo, forjando los cetros, las prebendas, en un ir y venir de jerarcas vanos, erigiendo ciudades igual que cementerios.

III

Eran hombres inconscientes, despreciaban el amor como vulnerable.

IV

Las huellas aparecían de un modo disperso, entrando y saliendo repetidamente del bosque. Sólo más tarde, cuando febril al alba contemplaba la luz envolviendo las gotas de rocío sobre las hojas dormidas de los árboles, aprecié que se trataba de un poema sagrado, las huellas de alguien acostumbrado a la dispersión de la búsqueda.

V

Con el paso del tiempo mi fe en el ser humano decrece. Sin embargo, mi ternura hacia él cada vez es mayor. ¿En qué está basado mi amor? ¿Quizá en el desvalimiento que encuentro en todo fracaso?

VI

Mi conversación de visita en los hospitales: ante el dolor, todas mis palabras me parecen una ofensa. El único lenguaje posible sería arrodillarse o golpear mi cabeza contra las paredes, mi sangre como una oración.

VII

No dudaba nunca de sus actos, era en realidad un pobre hombre.

VIII

Vivir es caminar en lo distinto

IX

El desasosiego llena mi pecho de humildad. La tristeza no es siempre demostrable.

X

Toda nuestra ignorancia al servicio de esta prisa absurda que impregna nuestro tiempo.

XI

A un niño es imposible explicarle justificándolo el horror de la guerra. Debería ser igualmente imposible explicárselo cuando crezca.

XII

Hay días en los que con sólo oír el susurro del viento sobre los árboles, al anochecer, me siento recompensada.

XIII

La placentera lectura de un libro, convierte a éste en un lugar poético que me rescata del frío y me ofrece entrar de lleno en la cálida senda de lo íntimo y familiar, mi casa encendida en medio de la nieve.